

"Es tarde, me voy a casa".

"Es tarde, me voy a casa". Pero no se iba, aún no. Me daba otra oportunidad para insistir, a ella le llenaba de orgullo decirme que no. Qué extraña superioridad moral experimentan los que no aceptan enseguida. Como si con esa actitud subieran un escalón más en su tarea de humillar al contrario. Como si con ese dilatar la despedida no buscasen más que retrasar una victoria esperada, un daño planeado. Una frase acompañada en su momento de una mirada de desprecio y un movimiento desafiante de melena.

Pero no se va. Ya no. No puede aunque quiera hacerlo. Si no me hubiese mirado de aquella forma..., no habría despertado en mí el deseo de seguir insistiendo para siempre. "Es tarde, me voy a casa", suplica. El tono de sus palabras ha cambiado. Atada en la silla de enea no parece tan orgullosa. Las lágrimas caen por sus mejillas con la misma tranquilidad con que lo hace el pequeño reguero de sangre por sus muñecas. ¡Qué extraña superioridad moral experimentamos los que no nos dejamos humillar!